

## EN BUSCA DE LA NAVIDAD

- ¡Por fin, mansas! –exclamó Xosé con voz ronca, mientras se liaba un cigarro con toda la parsinomia de la que era capaz.

- ¡Hoy parece que nos va a dejar! –le grité, mientras cogía los aparejos que estaban en la parte de atrás de nuestro viejo Land Rover, compañero inseparable de tantas jornadas y fatigas.

Llevábamos varios días esperando que amainara el temporal. No, no estaban mansas, solo había bajado algo el nivel de la marejada. En ese rincón las olas solían romper con mayor fuerza y bravura, lo que a su vez hacía que allí se encontraran buenos ejemplares, aquellos que se cotizaban más en la lonja.

Habíamos llegado con mucha antelación. Solo estaba permitido faenar durante las horas de bajar, tres horas al día. Era la tercera vez que íbamos a recoger el percebe en ese mes de diciembre. En fin, tuvimos que esperar. El tiempo pasaba lento, tedioso, parecía que nunca iba a llegar el momento. Aquel día, no había nadie. Eso por un lado nos daba buena espina, pero, por otro, nos hacía cavilar, aunque ninguno decía nada al respecto. Nos pusimos los trajes de neofreno y el calzado antideslizante.

A las nueve de la mañana sujetamos las sogas en el todoterreno, nos amarramos a ellas por la cintura y bajamos por la pared vertical hacia las rocas donde golpeaba de forma incesante el mar. Cada uno con su trinchita a la espalda y su saqueto colgando del cinturón.

Habíamos dejado a los dos pequeños en casa al cuidado de Antón, el mayor. Este quería venir con nosotros. Tenía trece años y ya le tiraba el mar. Sus abuelos también fueron percebeiros. Mi padre murió de un fuerte golpe de mar. Entonces se faenaba en muy malas condiciones: sin ropa y calzado adecuado, mojados todo el rato y un frío del carajo. Yo era una cría pero me acuerdo como si fuera hoy. El cuerpo lo trajeron sus compañeros. En este oficio siempre ha habido mucha solidaridad entre nosotros, aunque también hay algunos que van a su aire y pasan de los demás. Entonces no había tanatorios y el velatorio se hacía en casa. En fin, fue muy triste. Mi madre a partir de entonces ya no levantó cabeza y a los pocos años falleció, yo creo que de depresión. Llevaban tres años de noviazgo y treinta de matrimonio. Se casaron de penalti y a los seis meses llegó mi hermana Xuana, la mayor. Se habían casado muy jóvenes, tantos años juntos...

Las celebraciones de Navidad y los regalos de Reyes de los chicos estaban en el aire. Todo dependía de la cantidad de mercancía que fuéramos capaces de acumular durante ese mes.

Los percebeiros sabemos que en cualquier momento el mar nos puede traicionar. A mitad de la faena las olas se iban mostrando, poco a poco, más furiosas. Yo le dije a Xosé que mejor lo teníamos que dejar, que la cosa se estaba complicando. Pero él no me respondió, siguió despegando con cuidado, sin dañarlos, los animalitos que, desde hacía décadas, eran el sustento principal de la economía familiar. Yo gritaba y gritaba, pero él hacía oídos sordos, toda su voluntad estaba centrada en la recogida de tan magnífico maná. Iba como un poseso, agarrado a la sogá, de roca en roca, parecía que le faltaba tiempo para respirar.

Mi madre solía decirle a mi padre que el dinero no lo era todo. Es lo que yo trataba de hacerle entender a gritos a mi compañero en medio de aquella situación tan estresante y llena de ansiedad. Y, lamentablemente, pasó lo que tenía que pasar. Miradas perdidas, llantos, gritos en el entierro y soledad, mucha soledad la que invadió de repente nuestro hogar.

En los restaurantes de la capital es un lujo saborear estos ejemplares de gran calibre, no importa el precio que se tenga que pagar. En la costa gallega cerramos los ojos porque no podemos vivir de espaldas al mar. Antón ahora tiene veinte y sigue la tradición familiar.

Lo que yo echo más de menos, es que cuando hubiera llegado el mediodía nos hubiera encontrado a Xosé y a mí abrazados, saltando de emoción. Pero la vida hay que aceptarla como viene y no tiene marcha atrás.